Las patitas que faltan, *el relato.*

“Sale de regla”, eso lo decían sus mejores amigos que acabaron dejándolo atrás. “¡Qué palo tener un hijo así de huraño!”, solía decir su padre. “Es un alumno imposible que tiene mala leche”, comentaban sus maestros, pero ¿qué le pasó a Pepe para que lo miraran así con malos ojos?

Al joven le tiraban los videojuegos y de tanto jugar, se obsesionó por uno bélico y se pasaba los días y las noches destruyendo edificios y matando a soldados como si quisiera vengarse de algo… El ruido de las balas y de los estallidos resonaba en toda la casa. Pepe, así se llamaba el joven de diez años desaprovechaba el tiempo jugando a oscuras olvidándose de lo básico: se saltaba las comidas con sus padres, ya no se lavaba ni invitaba a nadie en casa, tampoco salía a la calle y descuidaba las tareas del cole.

Le daba pereza salir de casa para andar y charlar con sus amigos, a lo mejor por miedo a las miradas de los demás, por vergüenza. Todos maldecían de Pepe por ser muy de juegos. “No para ni un minuto”, comentaba su madre.

Ella no se quedó de brazos cruzados. Tomó cartas en el asunto y un día se le ocurrió regalarle algo a su hijo para sacarle de esa situación que le estaba arruinando la salud, la vida social y el futuro. “Me voy de compras” le dijo, un día, a su hijo mientras él le daba con violencia a la consola.

Volvió la madre a casa e iba muy cargada. Dejó, ahí, en la mesa del salón, una caja de cartón. Pepe seguía obcecado en lo mismo: al principio, no le hizo caso por estar pegado a la pantalla, pero al cabo de unos minutos, se sorprendió al verla. Decidió abrirla y asomó ladrando una monada de perrito que, de ser tuyo, lo hubieras comido a besitos.

El cachorro le dio alegría a Pepe, pero fue algo fugaz. Apenas se dio cuenta de que sólo tenía tres patitas cuando lo rechazó con menosprecio y violencia. Le dio una patada para quitarlo de en medio. ¡Qué bicho tan asqueroso! Era un perrito torpón al que le costaba mucho correr, pero lo bonito era ver lo mucho que le petaba jugar con una pelota y con una desventaja entre las patitas.

La cosa pintaba mal: Pepe iba a su bola. Seguía metido en su jugada y nadie ni nada podía truncarle los planes. Era de pena verlo tan cegado. No le llenó de gozo la llegada del perrito, pero se cumplió lo inesperado, el milagro. Algo cambió: al mirar al cachorro, se emocionó, se enrolló y le dio por jugar con él.

Por primera vez en muchas semanas, Pepe se atrevió a salir de casa. Se armó de valor, agarró las muletas y se dirigió hacia la puerta con un perrito loco de contento.

A Pepe le faltaba también una pata por un añejo accidente que sufrió. Se unió con el cachorro para formar parte del montón… Su madre dio en el blanco.